

El exilio argentino en Italia en los años setenta: ¿sólo un retorno a la tierra de los ancestros?

Giulia Calderoni¹

En el marco de los estudios sobre el exilio argentino de/en los años setenta hay un hueco que todavía no ha sido cubierto: el caso del exilio en Italia. Esta ausencia nos llama la atención, sobre todo en razón de la larga historia de migraciones de italianos a Argentina desde finales del siglo XIX. A comienzos de los años 1970, cuando los primeros argentinos buscaban refugio en Italia, ya había pasado más de un siglo desde las primeras migraciones económicas (y a veces políticas) de genoveses, piemonteses, calabreses, etc. hacia este país del Cono Sur. La literatura al respecto es inmensa, pero unilateral: es decir, la casi totalidad de los trabajos concierne a los italianos que se fueron a Argentina; todo flujo contrario, solo se tiene en consideración si representa una repatriación, un regreso a la tierra de los padres o de los abuelos con consecuente reincorporación a la sociedad italiana.

Así pues, vamos a analizar el fenómeno del exilio argentino en Italia en el marco de los flujos migratorios entre los dos países. Antes que todo, reconstruiremos brevemente la historia de las migraciones italianas a Argentina, para aclarar el contexto de las relaciones entre ambos países. Luego, nos centraremos en cuál fue el impacto de la sociedad de acogida sobre los exiliados y en qué manera se relacionaron con sus orígenes italianos, si los volvieron a descubrir o si los rechazaron. Después, intentaremos explicar qué influencia tuvo – al llegar a Italia – el hecho de ser argentino, si influyó o no en la recepción por parte de la población. Por último, expresaremos nuestras hipótesis respecto al silencio y al olvido que acompañaron a esta experiencia a pesar de los vínculos que unen a los dos países y una historia de larga duración.

¹Estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales, disciplina mayor: Historia. Institución: IHEAL (Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine) – Sorbonne Nouvelle, Paris. Título de la investigación en curso: Los exiliados argentinos en Italia en los años setenta y ochenta: entre la indiferencia de las instituciones y la solidaridad de la sociedad civil. E-mail: calderonigiulia@gmail.com

El exilio argentino en Italia en los años setenta: ¿sólo un retorno a la tierra de los ancestros?

Italia: tierra de expulsión

A mediados del siglo XVIII, ya se registraba la presencia de italianos en Argentina, cuando formalmente los dos países ni se podían considerar como estados. Sin embargo, no tenemos cifras oficiales sino a partir de los años sucesivos al 21 de marzo de 1861, fecha de nacimiento del Estado italiano. La lucha para llegar a la *Unità* (la unidad) había sido larga pero al final se había logrado juntar a todos los territorios bajo la misma bandera. Sin embargo, los desequilibrios eran enormes y la gran pobreza se acompañaba a una explosión demográfica desmedida. El Estado recién nacido se enfrentaba con dificultad a las necesidades de una población en crecimiento constante y no llegaba a asegurarles a todos unas condiciones de vida decentes. A la coyuntura interna, se sumaron las políticas de ciertos países que impulsaban la inmigración por necesitar mano de obra o por “colonizar” regiones inexploradas de sus territorios. A partir de 1870 y hasta la Segunda guerra mundial asistimos a la *Grande migrazione*, es decir al desplazamiento de alrededor de 18 millones de italianos, de los cuales por lo menos 2,5 millones hacia Argentina² según los datos del ISTAT³.

En ese entonces, Argentina era un país joven, poco poblado, que había obtenido la independencia 50 años antes pero que todavía no tenía una fuerte identidad nacional. La llegada de italianos, españoles, alemanes, rusos, polacos, etc. contribuyó enormemente a la formación no sólo de la identidad socio-cultural sino también política. La mayoría de los migrantes italianos llegaron por razones económicas, pero también hubo migrantes políticos que escapaban la represión estatal. Garibaldinos y mazzinianos se refugiaron en Argentina cuando Italia todavía no era un estado y fueron ellos que fundaron el primer periódico argentino y las primeras sociedades de mutuo socorro. Los anarquistas, entre los cuales se destacó Errico Malatesta, contribuyeron enormemente a la formación de sindicatos y a la organización del movimiento obrero. (DEVOTO, 2007 en LOLICATO, 2011: 353). Además, los italianos recubrieron cargos importantes en la escena pública argentina, en cuanto “fueron también caracterizados por cierta capacidad de ascensión social, como testimonia el hecho de que a finales del siglo XIX el 40% de los empresarios industriales en Argentina eran italianos” (DEVOTO, 2007 en LOLICATO, 2011:353). Desde entonces, las empresas italianas se multiplicaron: Fiat, Techint, Eni, Magneti Marelli, Pirelli, el Banco Ambrosiano y el Banco di Napoli son las más célebres de las sociedades italianas implantadas en el suelo argentino.

Italia y Argentina en el imaginario colectivo

Estas grandes oleadas migratorias de italianos a Argentina contribuyeron enormemente en la construcción del país y la imbricación cultural fue significativa. Los “tanos”⁴ tenían costumbres muy fuertes que se difundieron rápidamente a diferentes niveles: por ejemplo, podemos observar una cierta concepción “sagrada” de la familia o la manera de hablar gesticulando, asignando a cada gesto un significado preciso, lo que es típico de Italia. Hasta en la cocina, la presencia tana tiene cierta envergadura: uno de los platos típicos que los argentinos comen diariamente es la milanesa (cuya variante se llama milanesa a la napolitana) o la pizza, sin hablar de las multitudes de pastas (ravioli, tallarines, ñoquis, canelones), los helados etc.

² Los otros lugares de destino de la mayoría de los migrantes fueron Estados Unidos, Brasil, Francia, Alemania y Australia.

³ Instituto Nacional de Estadística (Italia)

⁴ Abreviación de “napolitanos”, que junto con los genoveses fueron entre los primeros italianos a llegar a Argentina. Así les llaman en Argentina a los italianos; el término ya no tiene la caracterización negativa de la época en la que se empezó a utilizar y designa a los italianos *tout court*.

La adquisición y reelaboración de la cultura italiana en el espacio argentino ha sido y sigue siendo un proceso de cierta complejidad que no queremos reducir simplemente a la cocina o a los gestos, pero estos ejemplos son los elementos más visibles y representan la punta del iceberg de esta mezcla de culturas. Otro elemento que cabe destacar fue la adquisición lingüística y la incorporación en el castellano de palabras italianas, que iban a enriquecer el léxico del español argentino: por ejemplo, hasta el día de hoy es muy común decir *birra* en vez de “cerveza”. Otro resultado de estos intercambios lingüísticos es el lunfardo, el *argot* de Buenos Aires, que nace de la conmixión del español, del italiano y del dialecto.

La presencia italiana en Argentina era y es muy fuerte, desde la gastronomía hasta la arquitectura⁵ y la política. Al mismo tiempo, en Italia también había (y hay) una cierta simpatía hacia Argentina, esta tierra promisa que había acogido a muchísimos italianos que huían la pobreza o la persecución política. Además, en Italia sigue siendo muy común la idea de la cercanía cultural entre los dos países y de que todo italiano tenga algún familiar que en algún momento se haya ido en el país del Río de la Plata. Francesco Guccini, cantautor italiano, en 1983 presenta una canción cuyo título era “Argentina”:

Il tassista, ah, il tassista non perse un istante a dirci che era pure lui italiano,
gaucho di Sondrio o Varese, ghigno da emigrante, impantanato laggiù lontano.
Poi quelle strade di auto scarburate e quella gente anni '50 già veduta,
tuffato in una vita ritrovata, vera e vissuta,
come entrare a caso in un portone di fresco scale e odori abituali,
posar la giacca, fare colazione e ritrovarsi in giorni e volti uguali,
perché io ci ho già vissuto in Argentina, chissà come mi chiamavo in Argentina
e che vita facevo in Argentina?

En las letras, encontramos unos elementos que dibujan este país tal cual se había fijado en el imaginario colectivo italiano de la segunda mitad del siglo XX: un país donde la presencia de los italianos era muy fuerte y que era en cierto sentido como una reproducción de Italia, pero no de la Italia contemporánea, sino de la de hace 20 o 30 años: la gente parece de los “años ‘50” (la canción es del ’83) y se tiene la sensación de *déjà-vu*, de haber ya vivido allá, de estar en Italia aun estando del otro lado del Atlántico.

Tras esta presentación contextual, vamos a ver cuál fue el peso de este *background* en las dinámicas del exilio argentino en Italia en sus varias etapas.

El exilio argentino como parte de los flujos migratorios

Los flujos migratorios de italianos a Argentina continuaron hasta los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, pero a partir de los años Sesenta esta flujo se invirtió: ya durante la dictadura de Onganía intelectuales y profesionales salen del país para escapar a la persecución política y algunos de ellos eligen la *Penisola*: “Italia fue lugar de destino de una pequeña comunidad de intelectuales y artistas, unos empujados por las relaciones creadas durante el fascismo con sus colegas italianos huidos del régimen y otros atraídos por el rico patrimonio artístico de Italia” (RHI SAUSI y GARCÍA, 1992).

Sin embargo, es durante la década de los Setenta que observamos flujos más intensos de exiliados hacia Italia (y también hacia los otros países de acogida). El clima de fuerte represión y de creciente violencia de los primeros años Setenta empujó a un gran número de personas a tomar la vía del exilio a partir de 1973, es decir antes del golpe de estado de 1976. No solo los miembros de las organizaciones armadas, sino también sus abogados u otros intelectuales y profesores universitarios habían sido víctimas de la violencia de grupos paramilitares y militares como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) de José López Rega. De ahí, la decisión de irse. Pero, ¿adónde? La elección del país de destino – cuando se pudo elegir – dependió de la coyuntura de

⁵ Cuyo ejemplo más paradigmático es probablemente el Teatro Colón en Buenos Aires.

varios factores: el momento en el que se fueron, su compromiso político, sus redes y apoyos en otros países, etc. Algunos no “eligieron” Italia sino fueron formalmente expulsados de Argentina con la orden de ser transferidos en la *Penisola*: así empezó el exilio de los que salieron con la opción⁶. La opción se aplicó sobre todo a los casos de ciudadanos que estaban en las cárceles y que tenían la doble nacionalidad (o simplemente otra nacionalidad que no fuera argentina): bajo las presiones de los familiares, de ciertas organizaciones no gubernamentales y del gobierno del país del cual tenían la nacionalidad, la Junta argentina se vio obligada a expulsar a ciertos prisioneros, enviándolos a sus países de origen.

La recuperación de la nacionalidad italiana como estrategia de salida

El 24 de marzo de 1976 marcó un *antes* y un *después*: las personas que se fueron antes del golpe, pudieron hacerlo generalmente con sus propios pasaportes y con visas de turistas. Incluso después del golpe hubo quien pudo salir de esta manera, pero fue mucho más difícil por el aumento de los controles a las fronteras y porque cualquier persona podía ser sospechada de subversión.

Teniendo en cuenta esta división, los individuos que se exiliaron entre 1973 y 1976 lo hicieron por miedo a la represión y/o porque habían recibido amenazas por los grupos paramilitares de extrema derecha. Gracias a redes familiares y socio-profesionales pudieron llegar a Italia e instalarse, buscar un trabajo, etc. Se trató sobre todo – como en el caso de los exiliados de los años Sesenta – de profesores universitarios, periodistas, intelectuales, sindicalistas y profesionales que en Italia habían podido seguir más o menos con su actividad. Muchos de ellos fueron atraídos también por la realidad política de este país, que en aquel momento tenía uno de los partidos comunistas más abiertos de Europa y un movimiento sindical muy importante. En cambio, los que se fueron después de 1976 encontraron más dificultades: en los años inmediatamente siguientes al golpe se fueron sobre todo de miembros de las organizaciones armadas y hacia 1979 empezaron a emigrar también los familiares de los desaparecidos y de las víctimas de la represión, para denunciar lo que había pasado a sus próximos y buscar justicia en los países democráticos.

Para los que formaban parte de organizaciones políticas perseguidas por el gobierno, la situación era aún más crítica, sobre todo cuando se trataba de miembros destacados de organizaciones armadas y/o que habían pasado a la clandestinidad. En este caso, para los que todavía no estaban en la cárcel, las opciones de salidas eran limitadas: demandar el asilo político en otro país; recurrir a un pasaporte que no fuera argentino o encontrar documentos falsos e intentar de salir pasando por Uruguay o por Brasil. Nos vamos a detener en el asunto del pasaporte, en particular del pasaporte europeo por la huella dejada por los migrantes italianos, españoles, franceses, alemanes etc. en el Cono Sur. El hecho de poseer un pasaporte europeo tenía una importancia estratégica de enorme envergadura para irse de Argentina y llegar a Italia como ciudadanos italianos y no como argentinos. ¿Cómo fue posible? A principios de los años Setenta, Argentina había ratificado con Italia un acuerdo sobre la nacionalidad. Este acuerdo, oficializado con la ley ordinaria n° 282 del 18 de mayo de 1973, prevé la posibilidad para los ciudadanos argentinos e italianos de adquirir ambas nacionalidades, sin perder la de origen. De hecho, en Italia la nacionalidad se atribuye en base a lo *ius sanguinis*, es decir que se trasmite del padre al hijo aunque éste no haya nacido o nunca haya vivido en Italia. En cambio, en Argentina está en vigor lo *ius soli*, es decir que quien nace dentro de sus fronteras tiene derecho a la nacionalidad argentina. En aquel entonces, nadie hubiera pensado que una ley promulgada por el gobierno italiano para impulsar el regreso de migrantes italianos y/o de sus descendientes habría sido utilizada por los argentinos para escapar de su país y “refugiarse” en Italia. Es necesario poner el verbo “refugiarse” entre comillas porque – desde un punto de vista jurídico – los exiliados argentinos en este país no

⁶ La opción era un derecho previsto por la Constitución Nacional (artículo 23). En caso de declaración del estado de sitio, el Ejecutivo tiene la prerrogativa de transferir los detenidos considerados peligrosos en el interior del país o eventualmente darles el derecho de salir al exterior. Fue suspendido en 1976 y reintroducido el año siguiente con unas modificaciones en su aplicación.

tenían derecho al asilo político: legalmente no eran refugiados argentinos, sino repatriados italianos. A diferencia de otros países como Francia, Suecia y Holanda, que tenían políticas de refugio muy avanzadas, en Italia sólo se reconocía el asilo político a individuos provenientes del bloque soviético y así fue hasta la caída del Muro de Berlín. Solo se hizo una excepción para los chilenos que a partir de 1973 habían dejado su país después del espectacular y violento golpe de estado del general Augusto Pinochet (Bernardotti et al., 2004).

Volvamos ahora a la recuperación de la nacionalidad italiana: a pesar de la aparente simplicidad de la ley, no era tan fácil obtener el pasaporte por quien no lo poseía. Antes que todo, se necesitaba tener algún ancestro de origen italiano; lo complicado no era demostrar que el abuelo o abuela o bisabuelo en cuestión nunca hubiera renunciado a la nacionalidad italiana, sino que era efectivamente un italiano y que en algún momento de su vida había llegado a Argentina. Se necesitaba entonces algún papel de nacimiento (que casi nadie tenía) o por lo menos algún registro de llegada de migrantes indicando con qué barco había llegado el ancestro, en qué fecha y otros detalles de este tipo. Por supuesto, en la época en cuestión no se tenía el tiempo de buscar todos estos datos porque a veces la salida debía ser inmediata para salvar la vida. Además, la embajada italiana en Buenos Aires no se mostró solidaria hacia estos individuos, sino todo lo contrario: unos días antes del golpe, sabiendo lo que iba a suceder, el embajador dio el orden de alzar el muro de la embajada y cambiar la entrada con puertas doble. Esta medida obligaba al individuo que quería acceder a identificarse, así que solo podía entrar quien tuviera la autorización del personal de la embajada. Toda persona pidiendo el asilo político iba considerada como un elemento subversivo que debía ser entregado a las Fuerzas Armadas, para evitar lo que había pasado en Santiago de Chile 2 años y medio antes, cuando se acogieron a muchos chilenos perseguidos por los militares (CALAMAI, 2003: 139). Si la legislación había ofrecido una escapatoria a los perseguidos, la *omertà* de la embajada italiana – y por ende del gobierno mismo – dificultaba y obstaculizaba los trámites que hubieran permitido a varios individuos salvar la vida: una actitud discutible, si consideramos que Argentina acogía a una de las más grandes colectividades de italianos en el extranjero. Sin embargo, no hay que generalizar porque hubo quien actuó según su propia ética, como el vice-consul Enrico Calamai, que logró permitir la salida a más de 300 personas con el apoyo del periodista Giangiacomo Foà, del sindicalista Filippo Di Benedetto y de otros miembros del consulado o de la embajada. Su intervención permitió obtener pasaportes italianos y pasajes aéreos en tiempos rápidos y ellos mismo se encargaban de acompañar a los perseguidos hasta la puerta del avión, para impedir cualquier intervención de la policía y garantizar la salida. Las peticiones de ayuda se manifestaron ya una semana después del golpe, con la institucionalización de la dictadura. Este mecanismo debía funcionar lo más rápidamente posible, ya que el consulado no disponía del principio de extraterritorialidad del que disfrutaba la Embajada y había policías de civil que controlaban la situación fuera, de ahí se corría el riesgo de ser capturados mientras se iba a pedir ayuda. La acción de Calamai fue interrumpida un año después del golpe, en mayo de 1977, cuando fue trasladado otra vez a Roma. Unos meses antes, Giangiacomo Foà había debido abandonar Buenos Aires tras haber recibido amenazas de muerte; por eso, el diario por el que trabajaba, el *Corriere della Sera*, lo había enviado a Brasil, con la prohibición de hablar de la política Argentina. La máquina solidaria había recibido un duro golpe y había chocado otra vez con un *muro di gomma*. El mecanismo no se paró, pero perdió su carácter de ayuda indiscriminada hacia cualquier persona que necesitara huir, y se empezó a dar la precedencia a unos en vez de otros (Entrevista con Enrico Calamai, julio 2015).

El impacto de los argentinos con Italia

Una vez llegados a Italia, los argentinos tenían que enfrentarse a otras dificultades: primero, se trataba de un país prácticamente desconocido, donde se hablaba un idioma diferente y que – a pesar de la ya mencionada proximidad cultural – tenía costumbres y códigos sociales que no siempre correspondían a los de Argentina. Hasta los que habían nacido en Italia – y que se habían

ido con la familia cuando eran pequeños – no conocían el italiano porque en casa se hablaba el dialecto del lugar de origen; había frecuentes casos de argentinos hablando calabrés o piamontés pero que no estaban en condición de expresarse correctamente en italiano.

Al obstáculo lingüístico, se agregaba otro problema: una vez llegados a Italia ¿adónde ir? ¿dónde instalarse? ¿dónde vivir? En un primer momento, los que habían mantenido algún tipo de contacto con los familiares italianos volvieron a los pueblos de los ancestros. Sin embargo, en varios casos se trató de una solución temporaria, sobre todo para los jóvenes que a duras penas se adaptaron a los nuevos ritmos de vida; por eso, muchos fueron a vivir en las grandes ciudades, (Roma, Milán, Turín), donde había más posibilidades de encontrar trabajo. También las redes profesionales fueron determinantes en la elección del lugar donde vivir: por ejemplo, muchos periodistas se fueron a Roma, donde estaba la Inter Press Service, agencia de noticias nacida en los años Sesenta como cooperativa de periodistas italianos y argentinos y que desde entonces se había expandido mucho.

Otros utilizaron las redes políticas, como en el caso de los militantes del PRT-ERP o de Montoneros. Los primeros se reorganizaron en el Noroeste de Italia, creando “escuelitas” para la formación de cuadros gracias al apoyo de la población, de algunos ex-partisanos y de ciertos miembros del PC. En cambio, muchos militantes de Montoneros se fueron a Roma, donde ya vivían Juan Gelman⁷ con su mujer Lili Massaferró y el ex gobernador de Buenos Aires Oscar Bidegain. Además, Roma era el centro de la vida política y muchos argentinos se habían instalado en la capital para llevar adelante las denuncias de la represión que sufrían sus connacionales y la violencia de la dictadura militar. Por eso, aquí se había fundado el CAFRA, el Comité Antifascista contra la Represión en Argentina, creado en 1974 por los argentinos que habían llegado antes del golpe y que se movilizaron para denunciar la situación de Argentina. No nos vamos a detener en las redes migratorias políticas y militantes porque no es el objeto de nuestro artículo; más bien, vamos a focalizarnos sobre aquellos argentinos que volvieron a los lugares de origen y reanudaron o no las relaciones con la familia.

Ya hemos dicho que los italianos imaginaban Argentina como un país que todavía no había alcanzado los niveles de progreso de Europa; sin embargo, los exiliados argentinos no pensaban lo mismo. El choque con Italia fue en cierta medida decepcionante por el retraso social, por usos y costumbres que los argentinos consideraban arcaicos y obsoletos. Hay que subrayar que el exilio argentino, a pesar de su heterogeneidad, se caracterizó por haber tenido un carácter de clase bastante marcado: muchos de los exiliados eran jóvenes de clase media entre los 20 y los 30 años, habían frecuentado la universidad y vivían en grandes ciudades (FRANCO, 2008): el pasaje a la realidad italiana, marcada por la vida de barrio, de pueblo, a veces podía ser pesado. Muchos ya desde la Argentina tenían en la cabeza la idea de una Italia retrasada, en particular los que vivían en familias en las que las tradiciones italianas se habían mantenido aún más que en la misma Italia:

Yo tenía bastante desprecio por los italianos...sí, porque la colectividad italiana en la Argentina era una colectividad bastante atrasada...Además de atrasada, era muy de...hoy me arrepiento de no haber aprendido más de toda esta experiencia pero era...muy ligada a las tradiciones de los pueblos. No sé, yo me acuerdo cuando era chica que una vez en mi casa mataron al chanco. Me quería matar yo...me quería matar! [...]Y era como ser muy atrasados, este... el calabrés era maravilloso porque los calabreses no aprendieron nunca a hablar en castellano, seguían hablando su dialecto (Entrevista con Wanda⁸, Buenos Aires, 2016)

Estas consideraciones concernían no solo los pequeños pueblos del interior sino también las grandes ciudades, como se deduce de las palabras de Diana⁹, que vivía en la capital:

⁷ Al momento del golpe, Gelman se encontraba en Roma, donde había viajado en 1975 con el objetivo de denunciar la represión para-estatal durante el gobierno de Isabel Perón, y se quedó viviendo en la capital italiana.

⁸ Nacida en Italia, en Calabria, a los 3 años su familia se instaló en Argentina. Volvió a Italia durante la dictadura. Tras una semana en el pueblo de donde era originaria, se fue a vivir a Roma. Actualmente vive en Buenos Aires.

⁹ Exiliada argentina de origen italiano. Se exilió en Roma y que sigue viviendo ahí.

Cuando llegamos a mi me pareció rarísimo porque Roma en esa época era diferente, imagínate que las farmacias cerraban entre la una y las cuatro de la tarde, después de una cierta hora todo estaba cerrado! Nosotros estábamos acostumbrados a las ciudades de Argentina, era otra cosa...hasta durante las dictaduras militares los lugares no cerraban nunca, en Argentina podés cenar a cualquier horario y tomar el desayuno a cualquier horario, los quioscos están abiertos toda la noche, vos podés comprarte los cordones de los zapatos o los cigarrillos a las 3 de la mañana, qué sé yo...Acá en Roma, cuando estábamos en la pensión Claudia¹⁰, nos daban la cena a las 7:30 de la noche y nosotros estábamos acostumbrados a comer muy tarde. Yo a las 7:30 puedo tomar un té, hacer la merienda, pero cenar...uy no! [ríe] Pero era así, después de la cena todo estaba cerrado, en la zona donde vivíamos nosotros solo había un bowling, en Regina Margherita, e íbamos allá porque era el único bar abierto donde se podía charlar un poco. Las *trattorie* en Trastevere en aquellos años no te dejaban cenar después de las 9:30-10 porque todavía estaban los viejos italianos *trasteverini* que te miraban muy mal cuando vos les pedía un plato de *spaghetti* a las 9:30 de la noche y te echaban! Trastevere, Campo de Fiori.. era otra Roma! (Entrevista con Diana, Roma, 2015)

Sin embargo, si bien la sociedad italiana parecía más cerrada y ligada a las tradiciones respecto a la sociedad argentina, es cierto que su vivacidad política entusiasmó a muchos exiliados, sobre todo los que habían tenido un fuerte compromiso político. El Partido Comunista (PC), que estaba en su momento de auge, los sindicatos, los niveles de reflexión política enamoraron a muchos jóvenes argentinos que empezaron a analizar y a poner en cuestión su militancia previa, a la luz de lo iban aprendiendo en Italia. No fueron pocos los que se inscribieron al PC o participaron en las actividades de los sindicatos; la participación activa en la vida política italiana adquirió un significado particular, sobre todo para aquellos que habían nacido en Italia y que se habían ido muy pequeños. Para estos individuos, no se trataba de un simple exilio, sino de una experiencia más profunda que ponía en cuestión su identidad a través de un nuevo descubrimiento de sus orígenes.

Esto es lo que diferencia mi exilio de lo de los argentinos, no? Que yo me reencontré con mi país, con mi historia, con mis orígenes. Porque en definitiva yo podría haber sido una italiana como...como los italianos de Italia. Como si mi papá en cambio de migrar a la Argentina hubiese migrado a Milano, que sé yo. [...] Yo quería vivir como italiana, quería aprender su historia, su literatura...[...] Yo tenía mi mundo de los italianos y mi mundo de los argentinos. Mi vida cotidiana la hacía con los italianos. Sí, yo quería ser italiana a todos los efectos, sí, me gustaba, todavía hoy me gusta ser italiana. (Entrevista con Wanda, Buenos Aires, 2016)

De ahí, la llegada a Italia tuvo un impacto psicológico muy fuerte sobre estos individuos: más allá del carácter traumático del exilio, más allá del abandono del hogar familiar y de los amigos, más allá de la necesidad de reconstruirse una nueva vida, los argentinos pusieron en duda su forma de ser. El contacto con la realidad italiana les permitió darse cuenta de la influencia – más o menos profunda según los casos – que esta cultura había tenido en sus vidas desde su nacimiento sin que pudieran imaginarlo:

En definitiva el caos italiano me resultaba familiar. Porque yo soy de familia italiana por parte de mi madre, mi familia es calabresa. A mí me crió mi abuela, más que mi mamá que trabajaba, y la *impronta* de la italianidad fue muy fuerte. Yo no lo sabía, esta cuestión de la identidad yo la descubrí llegando a Italia. Pero bueno, evidentemente era muy fuerte. Yo siempre, cuando me preguntan de Italia, digo dos cosas: que allá pude volver a sonreír y que en Italia descubrí mi identidad, por lo menos el 50% de mi identidad o más [ríe]. Porque – otra cosa que siempre digo – criada acá a la italiana sin saberlo, en un país que no es Italia, yo sentía que mi familia era loca. Mi visión de niña y de adolescente era que mi familia era loca. Llegando a Italia me di cuenta que no, que mi familia no era loca, era italiana! [ríe] (Entrevista con Dora¹¹, Buenos Aires, 2016)

¹⁰ Pensión financiada por la Región Lazio donde se había acogido a chilenos, uruguayos, argentinos, rusos, vietnamitas etc. durante los años Setenta.

¹¹ Argentina, con familia originaria de la Calabria. Tras haberse refugiado a Italia y haber trabajado como periodista y profesora de español, cuando terminó la dictadura volvió a Buenos Aires, donde sigue viviendo.

Sin embargo, después de esta primera fase de descubrimiento, de cercanía, de voluntad de identificarse con Italia, sigue otra fase en la que se desvela una ambigüedad intrínseca que revela la imposibilidad de sentirse completamente italianos. No se puede borrar el hecho de haberse criado en Argentina, frecuentando argentinos, aun con costumbres italianas pero adaptadas al contexto argentino. La proximidad cultural de la cual hablamos anteriormente señala una cercanía, es indudable, pero el concepto mismo de proximidad indica que las dos culturas se pueden superponer en cierta medida, pero nunca podrán coincidir completamente,

porque la cultura no es un invento. La cultura es una cosa que...que te define en la esencia, no? Entonces yo podía querer ser como los italianos pero no era una italiana. Cuando tenía alguna cosa, tenía que recurrir a ellos [*a los argentinos, ndr*], porque con ellos podía hablar, ellos me entendían...eran mis hermanos, no sé cómo explicarlo. (Entrevista con Wanda, Buenos Aires, 2016)

La recepción de los argentinos por Italia y por los italianos

Hasta ahora hemos evidenciado el impacto de Italia sobre los argentinos, pero ¿cuál fue la respuesta de los italianos? ¿Cómo reaccionaron frente a la llegada de estos individuos?

Ya hemos dicho que los argentinos no tenían derecho al asilo político y por ende tampoco podían acceder a servicios estatales como cursos de lenguas, ayudas económicas, asistencia médica, ayudas en la inserción laboral que ofrecían país como Francia, Suecia, Suiza. En cambio, en Italia debían vivir como todos los ciudadanos, pero sin ser italianos. Además, los que no tenían la nacionalidad, vivían en una “clandestinidad tolerada” (BERNARDOTTI, 2004) porque el Estado no los ayudaba pero tampoco los perseguía: eran casi invisibles. En otros trabajos hemos analizado las razones que empujaron al Gobierno italiano a actuar de esta manera, de ahí vamos a mencionar las más importantes: el contexto global de la Guerra Fría; los fuertes vínculos económicos entre los dos países; la acción de la logia masónica P2 (Propaganda 2), verdadero actor transnacional; la falta de información en Italia respecto a los asuntos argentinos; el clima de tensión política de los Años de Plomo por el cual los exiliados podían ser asimilados a los terroristas italianos de extrema izquierda y de extrema derecha.

En cambio, la reacción de la sociedad civil fue diferente y se opuso a la *omertà* del Gobierno. Para los argentinos, la interacción con los italianos sigue siendo uno de los recuerdos más felices de aquella época: no sólo las relaciones con las personas más politizadas, como los miembros de los partidos de izquierda (y a veces del ala progresista de la Democracia Cristiana), sino también con la gente común, que no sabía nada de política y que los ayudó por solidaridad. El soporte de la sociedad civil fue enorme: muchos italianos ayudaron a los argentinos a buscar trabajo, a buscar una casa y hasta le regalaron ropa o comida. Los ayudaban como podían.

Si los exiliados chilenos podían contar sobre el choque que la muerte de Salvador Allende había provocado en muchos sectores de la población italiana, no se podía decir lo mismo de los argentinos, cuya presidenta Isabel Perón no era muy conocida en Italia ni representaba los mismos ideales que Allende. Sin embargo, el tema de la proximidad cultural fue clave en aquel entonces: como mencionamos, los italianos consideraban a los argentinos como a hermanos, que tenían sangre italiana y que también en el aspecto físico se parecían a los italianos. Amaban comer, charlar, gesticulaban mucho: era muy común pensar que los argentinos eran “unos italianos hablando español”. Hasta su historia se parecía a la de Italia: en la óptica de algunos, estos individuos que escapaban la represión militar luchaban por los mismos ideales por los que miles de partisanos combatieron el régimen fascista. Los exiliados pudieron utilizar estratégicamente estos elementos, hasta convertirlos en sus vectores de fuerza para denunciar los crímenes de la dictadura.

Conclusiones

A lo largo de nuestro trabajo hemos intentado subrayar la importancia de los vínculos socio-culturales creados por las inmigraciones masivas de italianos a Argentina y como se reflejaron en la

experiencia del exilio. Esta conexión entre los dos países se reveló estratégica, porque permitió encontrar unas maneras de salir de Argentina rumbo a Italia, aun sin el asilo político. Quisimos insistir también sobre las imágenes del otro que tanto los italianos como los argentinos habían construido y como el encuentro entre los dos mundos puso en crisis los dos (o más) relatos estereotipados: esta experiencia llevó ambos grupos, tanto el receptor como el acogedor, a cuestionar sus preconceptos.

Lo que nos asombra, es la falta de protección del Estado italiano hacia sus ciudadanos que vivían del otro lado del océano. Lo que más de una vez fue definido un “silencio cómplice” dependió de la coyuntura de varios factores, entre los cuales la envergadura de las relaciones económicas entre los dos países, por los cuales el Estado italiano renunció a comprometerse en la defensa de una causa que podía poner en riesgo los provechos de sus empresarios.

Sin embargo, gracias a la Justicia italiana fueron condenados algunos militares acusados de torturas y asesinatos. Poco importaba la amnistía otorgada por el Gobierno argentino: estos militares, entre los cuales Guillermo Suárez Mason, *el carnicero del Olimpo*, fueron extraditados y condenados por crímenes en contra de ciudadanos italianos: otra vez se jugaba la carta de la doble ciudadanía, aunque en este caso se haya tratado de las víctimas y no de personas que intentaban salvarse.

Bibliografía

- ABELLÁN, José Luís (1976): *El exilio español de 1939*, (Madrid: Editorial Taurus).
- ABELLÁN, José Luís (2001) *El exilio como constante y como categoría* (Madrid: Biblioteca Nueva).
- BERNARDOTTI, María Adriana/ BONGIOVANNI, Bárbara (2004): “Aproximaciones al estudio del exilio argentino en Italia”. En YANKELEVICH, Pablo (compilador), *Represión y destierro: itinerarios del exilio argentino* (La Plata: Ediciones Al Margen), pp. 49-89.
- CAFRA, Cartas de principios y normas de funcionamiento, 1978.
- CALAMAI, Enrico (2003): *Niente asilo politico. Diario di un console italiano nell'Argentina dei desaparecidos* (Roma: Editori Riuniti).
- CALANDRA, Benedetta (2012): “De emigrantes a exiliados. Trayectorias de migración profesional y política entre el Cono Sud, Europa y Estados Unidos (1973-1983)” en *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina*, n. 3, p. 64-72. En línea: http://issuu.com/val_carbone/docs/numero_3_completo_sep_2012/1?e=9551889/7526771 (20/06/2016)
- CALANDRA, Benedetta (2005): “Entre la Sena y el Río de la Plata. Memoria e identidad de los chicos del exilio argentino en Europa (1976-1983)”. En *DEP. Deportati, esuli, profughe. Rivista telematica di studi sulla memoria femminile* (Università di Cà Foscari, Venezia), n.3, pp.21-31.
- CAVALLETTI, Valentina (2006): *Trasfigurazione. Una storia di desaparecidos, accoglienza e solidarietà* (Roma: Archivio Storico Culturale del Municipio Roma XVI).
- DEVOTO, Fernando (2002): “In Argentina” en BEVILACQUA P. - DE CLEMENTI A. – FRANZINA E.(coordinador), *Storia dell'emigrazione italiana* (Roma: Donzelli).
- DEVOTO, Fernando (2007): *Storia degli italiani in Argentina* (Roma: Donzelli).
- DI TELLA, Torcuato (2011): “Italiani in Argentina. Gli ultimi duecento anni”, in *Storicamente*, n. 28. En línea: http://storicamente.org/di_tella_it#nt-0 (15/09/2016).
- FANEGO, Delia Ana (2012): *Quebrantos : storie dell'esilio argentino*, (Roma: Nova Delphi).
- FERRARI, Andrea (2008): “Aspetti socio-culturali dell'emigrazione italiana in Argentina: il caso di Santa Fe”. Tesis de laurea bajo la dirección de Guido Sertorio (Universidad de Torino)
- FRANCO, Marina (2002): “La “campana antiargentina”: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso”. En *Derecha, fascismo y antifascismo en Europa y Argentina, Argentina* (Universidad de Tucumán), pp. 195-225.
- FRANCO, Marina, (2008): *El exilio : argentinos en Francia durante la dictadura* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina).
- GUELAR, Diana/ VIGEVANI JARACH, Vera/ RUIZ, Beatriz (2002): *Los chicos del exilio* (Buenos Aires: Ediciones El País de Nomeolvides).
- JENSEN, Silvina (2010): *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura* (Buenos Aires: Sudamericana).
- JENSEN, Silvina/ LASTRA, Soledad (2014): *Exilios: Militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta* (La Plata: Edulp, Memoria Académica). En línea: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.371/pm.371.pdf> (4/09/2016)
- LOLICATO, Andrea (2011) “Movilidad transnacional y movimientos sociales: las organizaciones solidarias de argentinos en Roma y Barcelona”. Tesis de Doctorado en Antropología bajo la dirección de Joan Josep Pujadas Muñoz, Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social, Universitat Rovira I Virgili Tarragona.

- TALLONE, Carla/ VIGEVANI JARACH, Vera (2005): *Il silenzio infranto. Il dramma dei desaparecidos italiani in Argentina* (Torino: Silvio Zamorani Editore).
- TOGNONATO, Claudio (2012): *Affari nostri. Diritti umani e rapporti Italia-Argentina 1976-1983*, Roma: Fandango.
- Entrevista con Wanda realizada por Giulia Calderoni, Buenos Aires, 2016.
- Entrevista con Dora realizada por Giulia Calderoni, Buenos Aires, 2016.
- Entrevista con Diana realizada por Giulia Calderoni, Roma, 2015.
- RHI SAUSI, José Luis y GARCÍA, Miguel Angel (dir.), 1992, *Gli argentini in Italia. Una comunità di immigrati nella terra degli avi* (Bologna: Biblioteca Universale Synergon).